

DISTINTAS IMÁGENES DE LA IGLESIA

SUMARIO

Autoconciencia de la Iglesia
Factores determinantes de la formación de la imagen de la Iglesia
La acción de la circunstancia histórica como factor de imagen
El rol social rasgo determinante de la imagen de Iglesia
Imágenes de Iglesia presentes en la Iglesia actual
La Iglesia exorcista
La Iglesia «Arca de salvación»
La Iglesia Mater et Magistra
La Iglesia profética y servidora
Conclusión

Autoconciencia de la Iglesia

LAS DISTINTAS IMÁGENES DE LA IGLESIA, de las que vamos a tratar, no son las formas figurativas, simbólicas, en las que la fe cristiana ha visto prefigurado y anunciado en la Sagrada Escritura el misterio de la Iglesia, tal como las presenta el Concilio Vaticano II en la constitución *Lumen Gentium* 6.

Tampoco son unas imágenes fruto de la elaboración especulativa en las que el teólogo pretende simbolizar su comprensión del ser misterioso de la Iglesia. Lo que intentaremos presentar son las imágenes que la Iglesia se forma de sí misma, su autoconciencia tal como aparece expresada en una imagen más o menos consciente y explicitada.

Esto equivale a hablar de la identidad de la Iglesia, no como puede definirse en una reflexión teórica, sino como es vivida y experimentada por la Iglesia. ¿Cómo se entiende a sí misma la Iglesia?

Consiguientemente, ¿cómo se sitúa en la sociedad? ¿Qué postura toma al enfrentarse con los problemas que tienen planteados los hombres contemporáneos? ¿Qué tareas asume como quehaceres propios de ella dentro de la trama apretada de los roles sociales? La respuesta a estas preguntas está en función de esa autoconciencia que tiene de sí misma la Iglesia y que puede expresarse en una cierta imagen de sí misma. De ahí la importancia del estudio y análisis de esas imágenes, reveladoras de una conciencia de identidad y explicativas de posturas, compromisos y acciones de la Iglesia y de los distintos grupos cristianos.

El estudio de las imágenes de Iglesia puede hacerse desde una perspectiva histórica, atenta a los cambios de imagen, y consecuentemente a la evolución de la autoconciencia, que se han producido en la larga marcha de la comunidad cristiana a través de veinte siglos de historia. La Iglesia que nace en el tenso ambiente de la Palestina inmediatamente anterior a la guerra judeo-romana, que se inserta en el mundo espiritualmente atormentado del helenismo y del imperio, que ha de encontrar su puesto vértice en las estructuras piramidales de la sociedad feudal y más tarde ha de hacerse un lugar en la sociedad técnico-científica moderna, tiene que sufrir, inevitablemente, una serie de cambios en la conciencia de su identidad.

En todas esas variadas circunstancias, y por imperativo de su ser histórico, ha tenido que negociar su identidad ante los nuevos factores importantes y determinantes de cada circunstancia histórica. Y el resaltado de esa negociación da lugar a la aparición de un conjunto de rasgos definidores de su identidad (actitudes, actuaciones, universos conceptuales, simbólicos...), que esbozan una imagen de sí misma, con frecuencia explicitada verbalmente. Conocer esas imágenes, penetrar su sentido, no es satisfacer una curiosidad de erudito; es ponerse en contacto con el ser real de la Iglesia tal como, de hecho, se ha ido realizando en la historia. La Iglesia no es una teoría.

Es esa entidad que ha vivido en la historia, que está ahí, no como nosotros la soñamos o deseamos, sino como ella misma se ha hecho, viviendo las tantas veces difíciles circunstancias de su historia 1.

Pero las imágenes de Iglesia también pueden descubrirse y analizarse en la realidad viva de la Iglesia actual. Esa imagen, o imágenes, son la expresión de una determinada autoconciencia actual que nos explica el lugar en el que se encuentra hoy situada la Iglesia en nuestro mundo: sus tomas de postura ante nuestros problemas, sus intervenciones e inhibiciones, tantas veces polémicas, sus discursos y sus indiferencias, sus intereses y sus silencios.

Patentizarlas, no sólo tiene el interés de una clarificación de la propia identidad, sino también el de facilitar esa valoración crítica que debiera formar parte del proceso permanente de conversión y reforma, en el que, según nos recuerda el Concilio Vaticano II (*Unitatis Redintegratio* 6), ha de vivir empeñada la Iglesia. Es este estudio de las imágenes actuales de Iglesia el que pretendo hacer. Pero, antes de adentrarnos en él, creo que es necesario recordar algunas de las circunstancias en las que se gestan las imágenes de Iglesia.

Factores determinantes de la formación de la imagen de Iglesia

IDENTIDAD-ESENCIAL: LA IMAGEN DE IGLESIA nace en cada época como resultado de un conjunto de factores, que actúan como determinantes de una cierta autoconciencia que tiende a expresarse en una imagen simbólica. Pero hay que recordar que esa autoconciencia no es la primera expresión de la identidad de la comunidad cristiana. Antes de ese momento la Iglesia poseía ya su propia identidad y tenía una conciencia de sí misma. Lo que se detecta en este momento, en esta época determinada, es una concreción de su identidad referida a una situación y circunstancia nueva, que, de un modo más o menos profundo, la afecta y configura históricamente. Hay pues, siempre, un factor fundamental previo, constituido por la identidad original de la comunidad cristiana, hecha por su referencia a Jesús de

Nazaret, a su fuerza de seducción carismática, a su mensaje de la proximidad del Reino de Dios y a la experiencia de Pascua. Esta identidad original se ha expresado en unas imágenes, que se pueden calificar de imágenes esenciales, en cuanto que reflejan la identidad esencial de la Iglesia. Se encuentran en los testimonios escritos de los primeros tiempos cristianos, en el Nuevo Testamento, y son destacadas fuertemente por la tradición que reconoce en ellas su identidad más profunda. Es la comprensión de la Iglesia como Nuevo Pueblo de Dios, Cuerpo de Cristo, Templo del Espíritu. La coherencia con ellas es una exigencia y garantía para la validez de cualquier otra imagen. Junto a las imágenes originales y dentro de ese factor previo fundamental hay que situar las imágenes históricas, en las que, en un momento determinado, plasmó la Iglesia su identidad. Se trata de un conjunto de imágenes sedimentadas que construyen el suelo histórico sobre el que se asienta hoy la Iglesia. Como tradición viva y vivida son las mediadoras entre la Iglesia de las imágenes originales y la comunidad actual. Porque de hecho han conformado en un cierto momento la identidad de la comunidad cristiana, se puede decir de ellas que de un modo más o menos explícito, más o menos consciente, tal vez en forma dialéctica, tienen aún una presencia activa en nuestra Iglesia, que es como es, porque en el pasado fue así. A algunas de ellas se las puede encontrar aún hoy reflejando la autoconciencia de la Iglesia actual en sectores amplios de fieles, entreveradas con otras imágenes actuales, condicionándolas. En todo caso, están presentes como factores posibilitadores del cambio, mantenedores de la continuidad en la identidad e inspiradoras dialécticas de la aparición de nuevas imágenes. Como factor inmediatamente determinante de la negociación de identidad, de la que saldrá la autoconciencia del momento y el dibujo de la nueva imagen, hay que señalar la circunstancia socio-cultural que vive la Iglesia. Esa circunstancia viene a ser algo así como el molde en el que tiene lugar la moderación de la nueva imagen. La manera de entenderse a sí mismos que tienen el hombre y la sociedad de una época determinada y, consiguientemente, la manera de comprender a la Iglesia que tiene esa sociedad, influyen de modo decisivo en el proceso de formación de la autoconciencia que la Iglesia tenga de sí misma en esa época. Los psicólogos modernos han puesto de relieve que los individuos y los grupos sociales elaboran la imagen de sí mismos en confrontación con la imagen que los otros hombres se han formado de ellos y asimilando las formas de vida y los tipos de existencia que descubren en su entorno. Ese mismo proceso se da también en el grupo social que es la Iglesia. Confrontación con la idea y juicios de valor emitidos sobre ella por los contemporáneos; asimilación de las formas de comprender la relación social que tiene la época. La circunstancia socio-cultural aporta los materiales y esquemas representativos con los que hay que construir la imagen de identidad y que en cada momento son válidos para afirmarse socialmente y para obtener el reconocimiento social. Naturalmente, esos materiales han de ser susceptibles de admitir una elaboración coherente con la experiencia y las imágenes originales y en una referencia de continuidad vital con las imágenes históricas del pasado. Sólo así podrán ser aceptadas como válidas para reflejar su propia identidad de Iglesia. Finalmente, al hablar de la Iglesia y de los factores que influyen en la formación de su autoconciencia, es necesario como factor último y definitivo con el Espíritu y su acción de animación en el interior de ella. Gracias al Espíritu mantiene la Iglesia su identidad y unidad a lo largo de su existencia histórica. Él es el que ilumina y asegura la coherencia con las imágenes originales. En el reconocimiento de su protagonismo en la vida de la Iglesia se encuentra el fundamento para afirmar la continuidad con las imágenes históricas. El Espíritu está igualmente activo en todos y cada uno de los momentos de la vida de la Iglesia. Lo está hoy en nuestra Iglesia como lo estuvo en la Iglesia de las catacumbas, en la de las grandes catedrales, o en la que se reformaba en Trento. Pero su acción se realiza a través de las mediaciones de los factores históricos circunstanciales que matizan y limitan su eficacia en cada momento.

La acción de la circunstancia histórica como factor de imagen

ANALIZANDO CON MÁS DETALLE la acción del factor de la circunstancia socio-cultural en el nacimiento de la autoconciencia de la Iglesia y de la imagen de identidad correspondiente, se descubre que actúa provocando una interpretación del mundo contemporáneo y suscitando un proceso de interacción entre el que podríamos llamar yo eclesial y la circunstancia sociocultural. La interpretación del mundo que hace la Iglesia la sitúa a ella misma ante el mundo y en ese mismo mundo con el que se confronta. El proceso de situación se realiza poniéndose en referencia con ciertos puntos de orientación, socialmente culturales. La referencia a esos puntos puede tener un sentido positivo o negativo.

En un sentido positivo hay que destacar, ante todo, la relación que se establece con los importantes, los significantes, del momento, es decir, la relación con «los pudientes», «los influyentes» y «los dirigentes» de la circunstancia histórica en que se realiza la situación.

Ante ellos se negocia la propia identidad y ellos son los que con su reconocimiento explícito o implícito, con su aceptación o rechazo, con su interés o indiferencia definen y afirman la identidad del momento. En sentido negativo, se establecen fronteras de exclusión, tras las que se destierran en exilio forzoso «los tabús» del momento, «los exiliados» de esta hora, «los marginados» por las convenciones establecidas. En un sentido neutro se abre la ancha zona de «los insignificantes», los que no pintan nada y que, consiguientemente, carecen de interés para situarse socialmente. La referencia positiva a «los importantes» es la que determina fundamentalmente la situación social. Pero esa definición positiva recibe su complemento caracterizador con la referencia a los puntos de orientación negativo y neutro. Cuando se da una coherencia y coincidencia con la circunstancia socio-cultural del momento en los

tres sentidos de referencia, queda definida la situación de una institución establecida, en nuestro caso de una Iglesia establecida. Este análisis nos permite comprender hasta qué punto el proceso de situación en la circunstancia socio-cultural encierra una trampa y constituye una peligrosa tentación en la que las instituciones carismáticas como la Iglesia corren el riesgo de perder su componente profético esencial. Los riesgos del proceso ponen al descubierto cuántas ambigüedades y oscuridades pueden esconderse en la autoconciencia de un determinado momento histórico y en las imágenes que la reflejan.

El rol social rasgo determinante de la imagen de Iglesia

EN ESTRECHA RELACIÓN con la comprensión del mundo entorno y con la situación ante el mundo, nacida de esa comprensión, se desarrolla el proceso de interacción con la circunstancia socio-cultural.

En este proceso hay que conceder una importancia particular al rol, el papel, que el grupo social, la institución, para nosotros la Iglesia, pretende representar en la sociedad. Los sociólogos están de acuerdo en que es en término de los roles que desempeña, y con los que se identifica, cómo se puede llegar a comprender más rápidamente a una persona o a un grupo social. «Su recordar, su sentido del tiempo y del espacio, su capacidad de percepción, su conciencia de sí mismo, sus funciones psicológicas, están modeladas y orientadas por la configuración específica de los roles que asume en su sociedad 2.

Estos roles están limitados, naturalmente, tanto por el tipo de grupo que ha de desempeñarlos como por la clase de sociedad en la que ha de ejercerlos. El rol que socialmente desempeñe la Iglesia ha de orientarse necesariamente en uno de los dos sentidos en los que los grupos religiosos actúan dentro de la sociedad. O bien su rol tiene un sentido de integración de la sociedad, ejerciendo una acción de fundamentación, cohesión y estabilización, función integradora de la religión, o bien su acción se ejerce en un sentido innovador, operando como principio de concienciación y motivación para la transformación de la sociedad, función innovadora de la religión 3. El sentido de las dos funciones es muy diferente y, consiguientemente, también lo es la forma de situarse en la sociedad, que va implicada en ellas. Por eso, el rol asumido por el grupo puede ser reconocido o ignorado, aceptado, discutido o rechazado. Un rol que actúa como función integradora puede decirse que tiende hacia la consolidación social y será reconocido y aceptado por todas las fuerzas conservadoras del establecimiento social. Por el contrario, el rol que actúa en un sentido innovador, tiende al cambio social. Encontrará la resistencia y oposición de los factores de conservación del sistema social establecido. También encontrará, no sólo el reconocimiento de los factores de innovación, sino también la manipulación táctica oportunista de otros intentos de innovación de la sociedad.

El rol asumido por la Iglesia en una circunstancia histórica determinada define su actitud ante la misma, sus acciones, su mismo lenguaje. Es lo que sucede con los personajes de una representación teatral. Cada uno habla, actúa y se sitúa en la escena conforme al papel que le toca representar. No es el mismo el lenguaje o la conducta del intelectual o del burócrata, de la feminista o de la beata, del obrero industrial o del campesino. Con la Iglesia sucede algo semejante. Toda su personalidad resulta afectada por el rol asumido.

Su conducta no tiene nada de arbitrario. Y si en algún caso pareciese incoherente, desentonando con el rol adoptado, inmediatamente surgiría entre la corona de espectadores sociales que la rodean la perplejidad y la protesta, del mismo modo que el público abronca al actor que no representa bien su papel.

La identificación con el rol penetra hasta la misma estructura organizativa de la Iglesia que se flexibiliza y tiende a modificarse hasta corresponder con las exigencias del rol asumido. Sucede como si en la estructura institucional del grupo social se articulase la voz de un lenguaje fundamental, que transparente la identidad y comunica el mensaje contenido en el rol con el que se quiere estar presente en la sociedad. El papel asumido debe, pues, caracterizar a la persona, que lo vive en la representación, en su totalidad. Del mismo modo, en su totalidad, debe caracterizar a todo el grupo, a toda la Iglesia, que en un momento determinado de la historia ha asumido un cierto rol. Cuando falta esa identificación con el rol, se produce un falseamiento en la identidad del grupo, una crisis de identidad. Aparece una crisis de eficacia. Nadie, ni el mismo grupo, cree en él. Su inconsecuencia es la demostración de que él es el primero en dudar de la validez de su rol.

Por eso se impone una nueva negociación de identidad y el encuentro del rol apropiado.

Imágenes de Iglesia presentes en la Iglesia actual

TENIENDO PRESENTES todos estos factores que coinciden en la formación de las distintas imágenes de Iglesia, vamos a describir y analizar algunas de esas imágenes que, de modo explícito, o sólo como sugerencia, se dibujan en la rica y compleja realidad de la vida cristiana actual. Esas imágenes son el reflejo de una autoconciencia de la Iglesia. Expresan el modo de entender la propia identidad que tiene el grupo cristiano que se identifica con ella. Pero esa identificación las más de las veces es parcial. Esto permite que distintas imágenes de la Iglesia se superpongan en un grupo. La realidad es compleja. La vida se resiste a todo encasillamiento. La imagen nos da un reflejo parcial de la realidad viva. Algunas de estas imágenes se han formado en el pasado, en circunstancias y situaciones históricas pasadas, pero siguen teniendo sentido hoy para muchos grupos de creyentes. Se han acomodado a las nuevas circunstancias históricas. Otras han nacido en respuesta a las nuevas condiciones de vida que debe afrontar actualmente la humanidad y la comunidad cristiana. Todas tienen una fundamentación en las imágenes originales y en la identidad y actividad de la primera Iglesia. En esa referencia buscarán su justificación.

La Iglesia exorcista

ALLÁ POR LOS AÑOS SESENTA el teólogo norteamericano Harvey Cox, por entonces profesor de Eclesiología en la Universidad de Harvard, escribió un brillante ensayo sobre «la ciudad secular» que se convirtió en uno de los «best-sellers» más espectaculares de nuestro tiempo. En su estudio de la sociedad secular atribuía a la Iglesia el rol de «exorcista cultural». Naturalmente, se trata de un exorcismo desmitologizado, secular, en el que «la Iglesia seguirá... expulsando los significados míticos que oscurecen las realidades de la vida y estorban la acción humana» 4. De hecho esta Iglesia exorcista secular vendría a prolongar aquella importante actividad de expulsar demonios, ejercida por Jesús en su vida pública y confiada por él a sus discípulos, que parece estar en estrecha relación con el anuncio de la proximidad del Reino de Dios y de la consiguiente salvación (cf Mc 3, 14s).

La función de exorcizar, expulsar demonios, supone una visión especial del mundo y del hombre, como amenazados, dominados o poseídos por fuerzas demoníacas, obradoras de mal. Es una visión pesimista del mundo, muy consciente de la densidad de mal que lleva entrañado la vida del hombre. El hombre es débil. Se siente amenazado por fuerzas poderosas, ante las cuales se encuentra indefenso. Cualquier día pueden irrumpir en su vida en forma de desgracia absurda, irracional; en forma de enfermedad, de accidente, de pérdida, de cualquier modo que sea, de su integridad. Esa manera de ver las cosas y la conciencia que la acompaña tienen una expresión mítica en forma de poderes y fuerzas personalizadas en demonios, y una traducción secular desmitificada, en la que las fuerzas del mal se identifican como las fuerzas alienantes y esclavizadoras de ciertas estructuras de poder económico o político. Ante una u otra forma de expresar la realidad amenazante la Iglesia se siente llamada a desempeñar el rol de «exorcizar demonios».

Frente a este mundo y a esta condición del hombre, la Iglesia se sitúa como la que posee poder para liberar y para proteger con su acción a los que se encuentran amenazados. Su identidad es la de la presencia de la fuerza benefactora de Dios en medio del mundo amenazado. Contar con ella es garantía de seguridad. Estar fuera o contra ella es quedarse a la intemperie, desamparado. Su fuerza y su poder son los de su Señor; el poder de Dios que llega con su Reino a liberar al hombre esclavizado por las fuerzas del mal. En su versión sagrada, la Iglesia actúa por los cauces sacrales de sacramentos y sacramentales, patronazgo de santos y protección en lugares y tiempos sacralizados. En su traducción secular la Iglesia actúa comprometida en las luchas socio-políticas por la liberación del hombre. En esa lucha le corresponde un importante papel en el proceso de concienciación del hombre alienado por las fuerzas del mal.

Cuando la acción exorcista se comprende en su versión sacral, su sentido hay que comprenderlo en la línea de la función integradora de la sociedad que realizan los grupos religiosos. Con su indudable acción personalizadora, pero también con el claro riesgo de derivar en una acción de sentido conservador y alienante. Cuando la acción se plantea desde la perspectiva secular es la expresión de la función innovadora del grupo social, que también realiza la religión. La Iglesia se entierra en los fundamentos mismos de la sociedad, ofreciéndole una sólida cimentación en valores sociales esenciales, denunciando falsas fundamentaciones, posibilitando la estabilidad justa de la realidad social. Esa acción revestirá formas más o menos religiosas, más o menos seculares. En todo caso, la Iglesia es consciente de que su área es la de asumir la función exorcizadora y que tiene el deber de ejercerla al servicio de la sociedad. Ese es su rol, su papel en la representación social. Su manera de situarse en la escena social, sus actitudes, su lenguaje, su misma estructura aparecen determinadas por el cumplimiento del papel exorcizador. Es lo que se espera de ella.

En el desempeño de su papel la Iglesia exorcista se sitúa ante «los importantes» que son, ante todo, los que reconocen y valoran su tarea, porque comparten su visión del mundo amenazado por fuerzas del mal y aprecian su poder exorcizador. Son las gentes que se sienten dominadas o amenazadas por los poderes demoníacos. Gentes que buscan la protección de la bendición y de la oración de la Iglesia. Son las multitudes del pueblo, los sucesores de aquel «pueblo del país» que rodeaba a Jesús. Pero también se sienten profundamente interesados por la Iglesia exorcista «los importantes» de la situación social establecida, directamente empeñados en el mantenimiento de su mundo, frente a todas las fuerzas que lo amenazan. Para estos importantes la Iglesia es un baluarte, un escudo eficaz frente a las fuerzas subversivas. La Iglesia se convierte en una fuerza social conservadora y, en este sentido, aliada con las fuerzas constitutivas de la situación, frente a las presiones que intentan transformarla. Las fuerzas portadoras de tales amenazas se convierten en «tabús», mundos exiliados y excomulgados, a los que hay que aislar y de los que hay que aislarse. Para ello se montarán los procesos inquisitoriales necesarios, la caza de brujas. Para estos importantes la Iglesia exorcista puede llegar a ser un instrumento indispensable de represión.

Pero puede suceder que actuando en el sentido de su función integradora de la sociedad y en el desempeño de su rol exorcizador, la Iglesia se convierte en una fuerza personalizadora y concienciadora de primera importancia, al denunciar las formas de mal presentes y arraigadas en las situaciones establecidas y al comprometerse en el consiguiente proceso de liberación. Se trata de un ejercicio del rol exorcista que se ha dado repetidamente en la historia. Comunidades tradicionales, sin perder sus características de religiosidad popular tradicional, en un momento determinado se convierten en comunidades cristianas comprometidas en el proceso de liberación social. Las mismas formas de religiosidad popular se hacen agentes eficaces de concienciación. La realidad actual de amplios sectores de la Iglesia latinoamericana es un ejemplo claro de esta forma de actuación.

El lenguaje empleado por la Iglesia exorcista es fundamentalmente ético, moralizante, discernidor del bien y del mal. El mundo, el hombre, su situación real y sus proyectos se entienden siempre desde una perspectiva eminentemente moral. El punto de partida de todas sus reflexiones es el análisis de la realidad. En ella está planteada la lucha entre el

bien y el mal que amenaza en todo momento la vida de los hombres. Se trata de concienciarse de esa situación y de encuadrar todos los acontecimientos socio-políticos y todos los proyectos evangelizadores dentro de ese marco dialéctico.

Finalmente hay que decir que las estructuras de organización de esta Iglesia, en su expresión original, es fuertemente clerical. Son los consagrados los que tienen los ojos capaces de detectar las distintas formas de presencia del mal. Son ellos también los que, en virtud de su consagración, están en posesión del poder sagrado, la «sacra potestas». La acción de los laicos queda reducida, normalmente, a la función de «monaguillo». Una ayuda en el ejercicio de unas funciones reservadas a los clérigos. Pero este mismo tipo de Iglesia está muy abierto a la aparición de lo carismático y profético, que surge allí donde el Espíritu quiere. El discernimiento, el poder de curación y de expulsar demonios son dones del Espíritu, que los comunica a quien quiere. De ahí también la facilidad con que puedan aparecer formas de estructuración carismática primaria en torno al portador del carisma.

La formación de estos grupos, muy conscientes de las exigencias de liberación, pueden producir, y de hecho han producido, fuertes tensiones y luchas en el interior de la Iglesia, máxime cuando ésta se ha convertido en uno de los factores que impiden la liberación.

La Iglesia «Arca de salvación»

LA IMAGEN QUE DEFINE ESTA IGLESIA está tomada de la narración bíblica del diluvio universal (Gen 6,13-8,22). Es el arca donde Noé, sus hijos y los animales escogidos

por él se salvan en medio de la catástrofe que destruye el mundo. La imagen se incorpora al mundo de la apocalíptica, cuando se espera como inminente el fin del mundo. Se piensa que está a punto de desencadenarse otra catástrofe destructora, no por el agua, sino por el fuego (2 Pet 3,5-7). Este punto de vista es asumido por la predicación de Jesús: «Como sucedió en los días de Noé, así será también en los días del Hijo del Hombre» (Lc 17,26).

Consiguientemente, lo único importante es salvarse, asegurar la salvación en la prueba inminente. La imagen ha recibido muy pronto una interpretación eclesial en la antigua tradición patristica. Y a lo largo de la Edad Media encontrará su expresión teológica en la afirmación del principio que declara que «fuera de la Iglesia no hay salvación». La imagen se fundamenta, pues, en una visión radicalmente pesimista de la historia. Este mundo está condenado y metido en un proceso fatal de disolución que desemboca en su destrucción. Ante esta dramática realidad, lo único que debe interesar al hombre, lo único verdaderamente importante, es conseguir salvarse en medio de la crisis, que está llegando ya. Esa salvación la asegura la Iglesia y nada más que la Iglesia. Para eso ha sido puesta por Dios. Para eso se pertenece a la Iglesia. Esa es su única razón de ser. Por eso hay que estar dentro de ella y cumplir todas las condiciones que aseguran su pertenencia a ella. Cualquier otra finalidad es secundaria. Las acciones que no vayan dirigidas a asegurar la consecución de ese fin son secundarias y carecen de importancia.

La crisis inminente y la salvación en la crisis fue la idea animadora de todos los movimientos apocalípticos en tiempos de Jesús. El movimiento iniciado por él no fue una excepción. Esa misma visión del mundo en crisis final se repite una y otra vez en los movimientos apocalípticos de todos los tiempos. Se proclama que el mundo está a punto de destrucción. A veces hasta se adelanta la fecha exacta en que se producirá la gran catástrofe. Se grita la urgencia de la salvación. Pero esa salvación sólo puede alcanzarse en la «verdadera Iglesia», en el grupo que se considera a sí mismo «Arca de salvación».

Las primeras generaciones de cristianos esperaban como inminentes el fin de este mundo y la segunda venida del Señor que le daría su última culminación. La dilación de la parusía, de esta llegada de Cristo, definitiva y gloriosa, produjo un desplazamiento en la comprensión crítica de la realidad. El acento puesto en la crisis final del mundo y de la historia pasa a la crisis personal producida por la muerte del hombre y por su juicio particular ante Cristo. El esquema apocalíptico se mantendrá en esta forma particularizada, dando origen a esa manera singular de comprenderse la Iglesia como «Arca de salvación».

La visión del mundo que tiene esta Iglesia es la de una realidad sometida a juicio y a castigo por sus pecados. Realidad condenada. El último juicio está en las manos de Dios pero se presiente cercano. En todo caso se adelanta para cada uno en el juicio particular. Hay una contraposición radical de la Iglesia frente a este mundo. Ella no pertenece a este mundo. Por eso es el lugar privilegiado donde es posible encontrar la salvación. Por estar el mundo condenado, sin futuro, y por ser ella «el resto», que se salva, la Iglesia se desinteresa de este mundo y de su futuro, para mirar, en cambio, más allá de este mundo, al «siglo futuro», a la nueva creación. Proclama la condena de este mundo; rompe con él. Espera la llegada de un mundo nuevo.

La privatización de la visión escatológica, originada por la dilación de la parusía dio lugar a un proceso paralelo de privatización de la manera de situarse la Iglesia ante este mundo. Son los puntos de vista, los intereses y los problemas del individuo los que se imponen frente a los planteamientos sociales. Ante todo cuentan los pecados personales, no los pecados sociales. Lo que llega amenazador, lo que hay que temer y ante lo que hay que estar alerta es la muerte del hombre, el juicio particular, la suerte eterna del individuo. Todo esto supone un cambio profundo de horizonte de comprensión de la realidad de este mundo. Deja de dominar la conciencia de desinterés y ruptura con la realidad mundana. Lo que urge y se hace problema preocupante pertenece al ámbito privado. Con la realidad socio-política puede establecerse, y de hecho se establece, un acuerdo tácito, que reconoce la autonomía y los límites en los que se mueve cada uno.

Traspasar esos límites es una «peligrosa politización»; un pecado condenable. Se ha producido la domesticación religiosa de la

Iglesia.

Se ha pasado de una función abiertamente innovadora de la realidad social, como se pensaba en la apocalíptica, a otra función restringida a lo privado que, socialmente, se manifiesta en acciones de compensación ilusorias.

El rol de la Iglesia «Arca de salvación» resulta afectado por todo este proceso de privatización y por la nueva forma de situarse ante el mundo que va implicada en él. Se produce un cambio notable en la circunstancia social ante la que se sitúa la Iglesia. «Los importantes» en un primer momento eran para este modo de comprender la Iglesia todos los oprimidos por un mundo de pecado, «los perdidos» del mundo, los que necesitan y esperan su liberación. Con el cambio se convierten en «importantes» todos los hombres pecadores, a los que la Iglesia garantiza el éxito en la prueba final: últimos sacramentos, auxilios espirituales, bendiciones, indulgencias, sufragios por el difunto, reposo en tierra sagrada... Lo que originalmente era el mundo de contravalores, «la maldad del hombre que cundía por toda la tierra» (Gen 6,5), la iniquidad acrecida (cf Mt 24,12), que da lugar a la ira de Dios, pasa a ser los pecados personales del individuo, conforme a una ética privada que pone sus acentos en los mandamientos divinos, lanza sus anatemas, denuncia escándalos peculiares y extiende sus silencios cómplices sobre los pecados sociales.

El lenguaje que habla esta Iglesia es, inicialmente, un lenguaje profético de denuncia de la injusticia que domina al mundo y anuncio de la proximidad del Dios que viene a juzgar. Denuncia de la situación de pecado. Anuncio de esperanza de liberación para los oprimidos. El cambio que implica la privatización de la perspectiva escatológica genera un nuevo tipo de lenguaje, con sus formas propias, encaminadas a expresar los nuevos acentos y contenidos. Se desinteresa de las cuestiones de este mundo y de las perspectivas socio-políticas. Lo importante es el término final. Por eso se insiste obsesivamente en «los novísimos», ese tramo último y decisivo, que espera inevitablemente a todos los hombres y en los que se juega su destino eterno. «Misiones», «Ejercicios», la predicación en general, se centrará en el tema de las verdades últimas y eternas. La catequesis se orienta hacia esos mismos objetivos. Con una perspectiva individual, lo que importa es llenar al creyente de «santo temor de Dios», hacerle sentir la urgencia de la salvación, convencerlo de la importancia de todo el sistema de seguridad que ofrece la Iglesia, arca segura de salvación.

La organización estructural de esta Iglesia refleja el rol asumido y la conciencia de su identidad. Inicialmente, la Iglesia «Arca de salvación» se estructura en función de las exigencias de la misión profética de anuncio del fin inminente. Todo el grupo vive la tensión de la espera escatológica, pero la autoridad se reconoce, sobre todo, en los apóstoles y «los profetas», encargados de proclamar el mensaje de la proximidad del fin. La dilación de la parusía y el consiguiente desplazamiento hacia una escatología intermedia privatizada concentra la autoridad y el poder en los responsables del sistema de seguridad personal que tiene la Iglesia, los que tienen poder para comunicar los sacramentos de penitencia, eucaristía y unción última, los que tienen la responsabilidad de dirección, admisión y exclusión dentro de ese espacio privilegiado de salvación, que es la Iglesia. Los otros, los laicos, «tienen derecho a recibir del clero, conforme a la disciplina eclesial, los bienes espirituales, y especialmente los auxilios espirituales necesarios para la salvación»⁵. Ese es su derecho fundamental. Y el deber también fundamental de los clérigos es satisfacer ese derecho.

La Iglesia «Mater et Magistra»

LOS DOS CALIFICATIVOS tienen una historia larga como expresiones definitorias de la identidad de la Iglesia. Decir que la Iglesia es «Madre» ha llegado a ser una imagen clásica en la tradición de los Padres. En cierta manera, se encuentra ya en los Evangelios. «Estos son mi madre...; quien cumple la voluntad de Dios es... mi madre...» (Mc 3,34s). Pablo ya escribía a los gálatas: «La Jerusalén de arriba es libre; ésta es nuestra madre» (Gál 4,26). Estos gérmenes iniciales se desarrollan pronto como consecuencia de la experiencia de la vida cristiana. «Los cristianos se hacen, no nacen», decía Tertuliano⁶. La experiencia de ese hacerse en el seno de la Iglesia es la que fundamentó el título. Y unida al proceso de gestación del cristiano va la función pedagógica de la enseñanza. En esta función encuentra continuidad la función de enseñar que Jesús desempeñó a lo largo de su vida pública. La Iglesia, asistida por el Espíritu del Señor, depositaria de las enseñanzas del Maestro, se hace también ella Maestra, portadora de verdad y de luz para los creyentes y para todo el mundo.

Las circunstancias socio-políticas que siguieron al hundimiento del Imperio Romano de occidente colocaron a la Iglesia en una situación del todo nueva, que dio una comprensión y una extensión también nuevas a ambos calificativos. Las nuevas unidades y estructuras socio-políticas, surgidas de la gran crisis, encuentran en la fe cristiana el principio más importante de su cohesión interna y de definición de la propia identidad. De este modo la maternidad de la Iglesia se temporaliza y se politiza. Europa nace en el seno de la Iglesia. Por otra parte, la Iglesia no es sólo la depositaria de la verdad de la revelación divina; en este momento es también la depositaria y la conservadora del saber y de la cultura humana. El magisterio de esta Iglesia se seculariza. Los pueblos jóvenes encuentran en la Iglesia su sabio pedagogo. El ejercicio de ambas funciones da a la Iglesia un puesto relevante y origina unas actitudes ante la sociedad que inevitablemente derivan hacia una conciencia de superioridad y una actitud de proteccionismo.

Su acción se extiende a todos los ámbitos de la vida.

El nacimiento del mundo moderno cuestiona radicalmente esta situación. Con el cuestionamiento llega también la problematización y negación de las dos funciones que le dieron origen.

«La crisis de la conciencia europea» (PAUL HAZARD), que inicia la Ilustración es un proceso de emancipación espiritual y de desplazamiento sociológico de la Iglesia, que afecta a toda Europa⁷.

Nace una sociedad nueva y un mundo nuevo. Hay que afrontar problemas inéditos y andar caminos desconocidos. En esa nueva situación la Iglesia pretende reasumir su función de «Madre y Maestra», tal como la había desempeñado en el pasado. Pero ahora las circunstancias son totalmente distintas. La Iglesia no es ya la depositaria única de todo el saber. La ciencia y la técnica son seculares. Los problemas que hay que solucionar son tremendamente complicados. Las dimensiones del mundo son planetarias. Es aquí donde aparece la conciencia de Iglesia que se expresa en la imagen de «Madre y Maestra», que vamos a analizar.

La visión que se tiene del mundo sigue siendo la de un menor de edad, necesitado por lo tanto de tutela y de instrucción, aunque se rebele y pretenda afirmar su adultez y autonomía. Es un mundo adolescente, que va andando su camino entre peligros de «malas compañías» y la seducción de falsos amigos corruptores. Los saberes del hombre moderno, que constituyen su orgullo, ciencias positivas, ciencias del espíritu, técnica, son vistas y valoradas con cierto recelo y escepticismo. Necesitan la verdad que las fundamenta y la luz que les dé sentido. Las crisis políticas y socioeconómicas que sacuden al mundo son un indicio de su debilidad, de la precariedad de los logros y progresos realizados. La Iglesia debe volver a desempeñar su doble función de «Madre y Maestra». Falta autoridad; falta luz y dirección.

Todo ello puede y debe proporcionarlo la Iglesia, como lo aportó sabiamente en otros momentos difíciles de la historia humana. Posee la verdad y la luz que le confió Cristo, el que dijo que era Luz y Verdad para el mundo. Tiene la autoridad de su Señor que, antes de enviarla al mundo entero, anunció a sus discípulos, en la montaña de Galilea, que se le había dado «todo poder en el cielo y en la tierra» (Mt 28,18).

Está dotada de la experiencia y sabiduría acumulada a lo largo de muchos siglos de existencia. Por todo esto la Iglesia «Madre y Maestra» está persuadida de que su deber es volver a ocupar en la sociedad el puesto de pedagoga. El mundo que hoy crece, a pesar de su aparente autosuficiencia, es débil e inseguro. Necesita de la protección y orientación de la Iglesia.

En el cumplimiento de esta función la Iglesia realiza unas acciones decididamente restrictivas y correctivas de los impulsos innovadores, que tantas veces han amenazado el difícil equilibrio social y político de nuestro tiempo. Una acción moderada y moderadora, que converge con las fuerzas sociales de la moderación y conservación. Su campo de iluminación se extiende a toda la compleja vida moderna, tanto en el ámbito privado como en el público. En lo privado se actualiza, proyectándola sobre las nuevas situaciones, la ética tradicional cristiana. En el ámbito público se elabora todo un amplio cuerpo de doctrina social y económica, la «Doctrina social de la Iglesia». Se enseña, se corrige o se condena a todos los factores que en alguna manera determinan o influyen en la formación del mundo moderno.

Estos factores del mundo moderno son «los importantes» ante los que la Iglesia afirma su propia identidad. Se trata de grupos dirigentes y pudientes que en el momento concreto determinan la vida política, social, económica o intelectual de nuestro mundo. Ante ellos se sitúa y a ellos va destinada primordialmente su orientación pedagógica.

Captar la atención benévola de estos grupos no es fácil ni desinteresado. Es fruto de una negociación social. El reconocimiento de que la Iglesia sigue siendo un poder fáctico importante suscita un cierto interés y respeto. La Iglesia entra así en el juego de poderes.

Puede acrecentar el poder de unos o de otros. Queda atrapada en el juego del poder. Por otra parte, la sucesión de los distintos grupos importantes de acuerdo con los cambios políticos dan a su presencia y acción las apariencias de un interesado oportunismo.

Marginadas por los desplazamientos que impone el paso de la historia quedan amplias zonas de valores, temáticas y grupos humanos, que en su día fueron importantes, o que lo serán mañana, pero que hoy no tienen voz ni significan nada en la sociedad establecida. Tampoco lo significan para esta Iglesia que desea establecerse, ser admitida y oída, para realizar con eficacia la función que se ha marcado. Para ello, tan importante como alcanzar la aceptación positiva de los importantes es respetar sus «tabús». Claro que esos silencios, impuestos por este juego de negociación con los importantes, han tenido que ser confesados y lamentados por esta Iglesia Madre y Maestra, condenada a vivir pendiente de la actualidad de las primeras planas de periódicos, revistas y televisiones.

El rol asumido ha tenido como resultado un impresionante incremento de la actividad magisterial de la Iglesia. En siglo y medio ese magisterio ha hablado más que en los dieciocho siglos anteriores.

Su enseñanza cubre, prácticamente, toda la actividad humana.

Paralelamente se ha desarrollado el interés por la educación y la dedicación a las tareas educativas. La casi totalidad de los Institutos religiosos dedicados a la enseñanza nacen en contacto con este mundo moderno que es preciso educar. En ambas actividades, magisterio y educación, la acción de la Iglesia tiende a desarrollarse con un sentido de fundamentación social y de cohesión, que la abren a acusaciones de conservadurismo, siempre que ha tenido que afrontar situaciones conflictivas.

El lenguaje de esta Iglesia es fuertemente escolástico en sus presupuestos ideológicos y en la estructura de su pensamiento. El necesario diálogo con las modernas ciencias del hombre le impone la temática: son todos los problemas que se le plantean al hombre, enfocados desde la perspectiva de una Iglesia que se sitúa fuera y por encima del mundo moderno. La actitud se mantiene aun cuando los receptores de las enseñanzas pertenezcan a la Iglesia y estén identificados con ella. En estos casos se mantiene el tono doctoral sobre el pastoral. El acercamiento a los fieles, que han de recibir esas enseñanzas, se piensa que debe ser una de las tareas fundamentales de la Teología dentro de esta Iglesia. La consecuencia de todo ello es una notable ineficacia en el ejercicio del rol. El amplio cuerpo de Doctrina del Magisterio está ahí, en crecimiento continuo. La temática abordada es las más de las veces de suma

importancia. La audiencia es escasa. ¿Problema de devaluación por inflación? Es posible, pero también hay que tener en cuenta estas deficiencias del lenguaje.

La estructura organizativa de la Iglesia «Madre y Maestra» tiende a desarrollar y potenciar la acción de los órganos a través de los cuales enseña y educa a los fieles. Los sujetos detentadores de la autoridad y poder magisterial, sean personales o colectivos, alcanzan un relieve y reconocimiento especial. De hecho el mismo gobierno de la Iglesia se realiza en forma de Magisterio y por cauces magisteriales. Esto supone un abierto fortalecimiento de la estructura jerárquica, depositaria del poder de enseñar auténticamente, es decir, con una autoridad que obliga en conciencia y en nombre de Cristo. También se tiende al robustecimiento de las normativas canónicas y disciplinares, impuestas con un sentido de afirmación de la autoridad y de intencionalidad pedagógica. Pero estas potenciaciones estructurales de lo magisterial y disciplinar dan lugar a choques y celos ante otras instancias de magisterio teológico y formación existentes en la Iglesia. En consecuencia se desarrollan y potencian los órganos de control. Se reafirma la centralización y la dependencia de los centros de enseñanza eclesiásticos. El Magisterio es, de hecho, la cabeza pensante y dirigente de la Iglesia.

La iglesia profética y servidora

DEFINEN LA IMAGEN dos calificativos, «profética», «servidora», de gran prestigio en toda la tradición cristiana. Los dos corresponden a títulos cristológicos con los que la primera comunidad cristiana expresó su experiencia de lo que había sido la vida de Jesús de Nazaret. De este modo confesaba al mismo tiempo su fe en el valor permanente de las dos funciones. Históricamente, la Iglesia se ha sentido identificada con los dos títulos en aquellos momentos en los que se ha sentido sensible a sus orígenes carismáticos, o cuando ha pretendido reencontrar una identidad evangélica, que se veía desdibujada. Hoy las dos funciones están vivas en la inspiración y el desarrollo de todos los movimientos eclesiales de base. Son también rasgos que caracterizan la nueva imagen de Iglesia ofrecida por el Concilio.

Aunque los dos títulos están estrechamente relacionados entre sí, y pertenecen a la descripción de un mismo mundo religioso, el mundo de la profecía, tiene cada uno rasgos y matices propios que hay que señalar. El carácter de profética nos pone directamente en contacto con la Palabra de Dios, que es dicha a los hombres. Una Palabra que, unas veces es denuncia, otras esperanza o consuelo, pero que siempre es una Palabra provocativa y responsabilizadora para aquellos a quienes se dirige. La calificación de servidora significa, ante todo, relación de dependencia respecto a otro al que se sirve. Entraña disponibilidad y atención a las necesidades y exigencias de aquellos a quienes se sirve. Los dos rasgos definidores de la imagen se integran en un tipo de vida que pretende reproducir el estilo y el camino seguido por Jesús.

La comprensión del mundo que tiene esta Iglesia profética y servidora difiere notablemente de la que tenían las imágenes anteriores. El mundo, la sociedad, es, ante todo, el término hacia el que se dirige la misión profética y el servicio encomendado. Es el destinatario de la Palabra de Dios, de la que es portador el Profeta.

Esa Palabra es siempre salvadora, liberadora, creadora. Es una Palabra que nace del amor y de la misericordia de Dios y expresa su amor. Originalmente, como en Dios, que envía a su Hijo porque ama al mundo (Jo 3,16), como en Cristo, que se entrega por la vida del mundo (Jo 6,52), también en la Iglesia debe haber un amor fundamental al mundo y una comprensión del mundo desde el amor. Pero esa visión del mundo no esconde sus problemas, sino que los pone al descubierto. La Palabra va dirigida en primer lugar a los pobres, a los oprimidos, a los pequeños. Como recordaba Pablo VI, es la respuesta de Dios al grito de los pobres⁸. Quiere ser la voz de los que no tienen voz. De un modo semejante, el servicio, como en Cristo, es siempre la expresión del amor. «Nadie tiene mayor amor que el que da la vida por los amigos» (Jo 15,13). Y sus amigos eran los pecadores (Mt 11,19). El servicio no se ofrece a los poderosos, sino a lo perdido (Mt 10,6;15,24). De este modo, palabra y servicio vuelven a la Iglesia hacia este mundo, hacia sus espacios más dolorosos y conflictivos, pero no a distancia, ni desde fuera, sino en la proximidad que hace el amor y desde dentro.

Desde esta perspectiva, la Iglesia profética y servidora se sitúa dentro del mundo, como enviada a él y solidaria con él. Se siente comprometida en la transmisión de un mensaje que hay que llevar a su destino, entregar a aquellos a los que va dirigido. Por eso se preocupa por hacer que se entienda la palabra que tiene que comunicar y que se haga creíble a aquellos a los que va dirigida. La garantía de la verdad de lo que se dice tiene que ser, ante todo, la misma Iglesia profética que vive lo que transmite, porque cree en ello. Por otra parte, la función servidora exige una situación integrada dentro del mundo de aquellos a quienes se sirve. Se pertenece a ese mundo y se vive solidario con él, puesto que se le ha de servir.

En este planteamiento, la acción de la Iglesia debe coincidir y colaborar con otros muchos factores, que sirven en el mundo y de los que el mundo se sirve. Ignorar esos factores, o retirar la mano a la colaboración, sería situarse fuera del mundo y traicionar su identidad profética y servidora. No se piense, sin embargo, en una posición indiferenciada dentro del mundo. «Los importantes» ante los que se sitúa la Iglesia y que la definen en su identidad están en esta imagen claramente definidos. Son «los pobres» a los que se anuncia la Buena Nueva (Mt 11,5), «lo perdido» (Lc 15,6.9.24.32; 19,10), «los oprimidos» (Lc 4,18). Se produce una corrección radical y paradójica de los puntos de vista y de los criterios con los que grupos e instituciones plantean la negociación de su identidad social. «Lo importante» es «lo insignificante». Estos nombres de importantes no son tópicos abstractos. Son en cada momento histórico y en cada sociedad nombres concretos de hombres y mujeres, de grupos humanos, en referencia a los cuales debe encontrar su identidad y su definición la Iglesia profética y servidora. Si no se refiere a esos términos como a «los

importantes» y definitorios para ella, habrá que decir que su imagen no es la de «la Iglesia profética y servidora», sino alguna de las anteriormente descritas, u otra imagen de las múltiples en que puede expresarse el misterio de la Iglesia. La función social asumida se puede desarrollar en cualquiera de los sentidos fundamentales en los que actúan socialmente los grupos religiosos. Como portadora de una palabra profética, la Iglesia es un factor de innovación social. Conciencia a aquellos a los que se dirige la palabra; los despierta a la acción y a la responsabilidad. Sea el que sea el contenido de la palabra profética, en último término es un impulso a la creación de la utopía cristiana de justicia total. Al centrarse esa acción en los pobres y oprimidos, la acción innovadora se orienta a una transformación de la sociedad. La función de servicio se desarrolla preferentemente por los cauces de integración y cohesión del grupo social. Incorpora a la convivencia del grupo todos los elementos olvidados y marginados, a los que sirve especialmente.

En todo caso, la acción de la Iglesia profética y servidora es potenciadora de todo aquello que encuentra con su palabra y con su servicio; nunca restrictiva o domesticadora de los impulsos de renovación. Asume, de este modo, un rol de agente de renovación y transformación de la sociedad. ¿Un rol político? Ciertamente; pero no puede ser de otro modo, si quiere ser fiel a sí misma, a sus rasgos de identidad. Ya Jesús fue crucificado, después de haber sido juzgado y condenado por todas las instancias de poder del mundo de su tiempo.

La causa de la condena fue política: «rey de los judíos». ¿Un error de los que lo juzgaron? Sí y no. Jesús anunciaba la proximidad del Reino de Dios. Lo anunciaba preferentemente a los pobres y a lo oprimido y perdido. Este mensaje entraña implicaciones políticas inevitables.

Anuncia un cambio radical del mundo y de la sociedad. La estrategia no es la de la revolución violenta que seguían los grupos zelotes; pero el término de la acción afecta al mundo y a la sociedad en todos sus niveles. También en lo político. Estas implicaciones no las puede negar la Iglesia profética y servidora, que prolonga el profetismo y servicio de Jesús. Todo esto resulta profundamente incómodo para los que quisieran una Iglesia que desempeñase un rol social de mantenimiento y tranquilizante. Por eso se buscará por todos los medios desactivar toda la carga política del mensaje cristiano, interpretándolo en un sentido de pseudoespiritualización, de resignación, de soluciones ilusorias, relegadas en forma de compensación a otro mundo más allá del nuestro. Y si a pesar de todo no se consigue acallar a la Iglesia profética y servidora, se la condena, como a Jesús, como blasfema y peligrosa, y como a él, se la crucifica. Es lógico. Y es el drama y la gloria de muchas de las Comunidades cristianas de Latinoamérica.

En la Iglesia profética y servidora hay una preocupación especial por el lenguaje, por su inteligibilidad, que lo haga accesible al pueblo y a los sencillos. Los contenidos evangélicos del anuncio de la proximidad del Reino de Dios, de las Bienaventuranzas y del Sermón de la Montaña se destacan en un primer plano. Se intenta traducir su sentido a las situaciones de los pobres, oprimidos de hoy. Se acrecienta el interés por la Biblia, la Palabra, por su interpretación obvia y directa, cuando se la escucha en las situaciones de hoy. Se busca el sentido en la lectura viva y comunitaria de la reunión litúrgica del Pueblo de Dios. Una lectura hecha desde el fondo de la pobreza, el subdesarrollo y la marginación. Leído desde ahí el mensaje del Evangelio, vuelve a encontrar su gusto original de mensaje de esperanza y de liberación. Todo ello supone la presencia de la Iglesia profética y servidora en los niveles marginados de nuestra sociedad.

Se piensa que se reencuentran los lugares de nacimiento; que se retorna a la patria perdida.

La organización estructural de la Iglesia profética y servidora tiende a reflejar esa especial conciencia de su identidad. Es una Iglesia fundamentalmente carismática, dominada por el reconocimiento y la atención a la presencia del Espíritu en toda la Comunidad. Se acentúa la importancia de la estructura diakónica. Se piensa en una Iglesia toda ministerial, en la que se reconozca toda la rica complejidad de ministerios y servicios que el Espíritu hace nacer en el Pueblo de Dios.

Estos ministerios responden a las necesidades reales de la Comunidad. Se integran en la confesión y comunión de un mismo Espíritu, un mismo Señor, un mismo Dios «que obra todo en todos» (I Cor 12,6). Se ejercitan en la comunión y en la corresponsabilidad. Y es en la referencia a la acción universal del Espíritu donde tiene su indiscutible verdad teológica la autoconciencia de una Iglesia que nace del Pueblo. Es que, como recordaba Pedro el día de Pentecostés, en todo el Pueblo está el Espíritu (cf Áct 2,17s). No se niega lo jerárquico: se afirma su origen y sentido carismático.

Conclusión

AL TERMINAR ESTA DESCRIPCIÓN de distintas imágenes de la Iglesia actual quiero recordar, ante todo, su limitación. A las imágenes presentadas habría que añadir otras muchas en las que la Iglesia actual plasma su autoconciencia y su identidad, mientras vive este momento histórico, tan rico y complejo. Lo presentado no pretende reflejar más que unas imágenes que por su arraigo, o por su actualidad, tienen una particular significación. Debo reconocer también que ninguna de estas imágenes transparente perfectamente una identidad y realidad que con dificultad puede encerrarse en los rasgos de una sola imagen. Realidad y conciencia de identidad es mucho más rica. Pero en esos rasgos hay algunos que destacan con firmeza singular. Son aquellos que expresan una coherencia con las imágenes originales de la Iglesia o con el rostro de Jesús tal como nos han descrito su vida y actitudes los Evangelios. Otros rasgos, por el contrario, nos hieren; nos resultan difícilmente aceptables y reconocibles. Ante ellos tomamos una actitud defensiva o condenatoria. Sin embargo, hay que decir que unos y otros definen la imagen de la Iglesia. Su ambigüedad responde a la realidad de una Iglesia que es a la vez santa y pecadora, que necesariamente tiene que

vivir en la historia y encarnarse en la limitación de las distintas culturas. En la ambigüedad de la imagen va implicada la permanente necesidad de una conversión que confesaba el Concilio: «La Iglesia peregrina en este mundo es llamada por Cristo a esta perenne reforma, de la que ella, en cuanto institución terrena y humana, necesita permanentemente» (UR 6).

«Las Iglesias particulares, recordaba Pablo VI en su carta encíclica *Evangelii Nuntiandi* 9, profundamente amalgamadas, no sólo con las personas, sino también con las aspiraciones, las riquezas y límites, las maneras de orar, de amar, de considerar la vida y el mundo, que distinguen a tal o cual conjunto humano, tienen la función de asimilar lo esencial del mensaje evangélico, de trasvasarlo, sin la menor traición a su verdad esencial, al lenguaje que esos hombres comprenden y, después, de anunciarlo en ese mismo lenguaje.» Esa función de «digestión» del mensaje evangélico que tienen las Iglesias particulares es una llamada a la negociación de identidad de la Iglesia, y consiguientemente una invitación a la creación de imagen, ante todo grupo cultural o subcultural, ante cada circunstancia histórica. Este imperativo de encarnación, con todo lo que encierra de aceptación de límites y concreciones, plantea el problema de la génesis de la imagen de identidad de la Iglesia como al momento de culminación de la realización de la Iglesia particular, en la que tiene su ser la Iglesia universal. De ahí la importancia de asegurar la rectitud del proceso genético.

La génesis de una nueva imagen no puede ser el resultado de la espontaneidad, la improvisación, o del juego ciego e irracional de los distintos factores, que concurren en ella. Debe ser el fruto de una conjunción consciente de la fidelidad a los impulsos discernidos del Espíritu con la aceptación reflexiva de los factores históricos que actúan en la formación de las diversas imágenes de Iglesia. Esos factores han sido señalados al comienzo de este estudio. No voy a recordarlos ahora. Quiero únicamente, antes de terminar, poner de relieve los caracteres que en estos momentos asumen dos de los factores allí indicados: las imágenes originales y la circunstancia socio-cultural. La forma en que se presentan esos dos factores debe ser tenida en cuenta hoy en todo proceso de formación de imagen de Iglesia. Como fruto de los estudios de la moderna ciencia bíblica, las que llamamos «imágenes originales» de la Iglesia han adquirido para nosotros unos contenidos muy precisos. La imagen de «Pueblo de Dios» nos ha redescubierto con nueva luz la noción clave de «comunión». Es la esencia de la Comunidad cristiana, que conlleva la exigencia de corresponsabilidad de todos los miembros de la Iglesia y fundamenta el ser de la Iglesia concreta, particular.

La imagen de «Cuerpo de Cristo» pone de relieve que el ser de la Iglesia es esencialmente «diaconía», servicio. Toda su estructura debe manifestarse en forma carismático-ministerial. Ese abanico de ministerios se integran en formas «colegiales», que nacen de la «comunión» y son la expresión de «la comunión».

La imagen de «Templo del Espíritu» recupera la presencia del Espíritu en toda la Iglesia. Es su obra. Él es el que la unifica, la santifica, la universaliza y hace posible su misión. La Iglesia «Templo del Espíritu» debe ser testigo de la transcendencia; el lugar de la proclamación festiva de que, en virtud del hecho de Cristo, el mundo y la humanidad están definitivamente penetrados de Dios. Las nuevas posibles imágenes de la Iglesia deben buscar la coherencia con esta comprensión de las imágenes originales. En confrontación con ellas se prueba y se confirma la autenticidad del ser cristiano de toda Comunidad.

La cultura técnico-científica de nuestro mundo moderno ha hecho aparecer una nueva circunstancia socio-cultural, que debe incidir de un modo determinante en la formación de las futuras imágenes de la Iglesia. Por una parte, estamos viviendo un fenómeno de aproximación de todos los continentes culturales junto con un fáctico empequeñecimiento de las dimensiones del espacio del encuentro humano. Al mismo tiempo, y como consecuencia del fenómeno aludido, se multiplica la cantidad e intensidad de la comunicación interhumana.

De este modo, asistimos al nacimiento de una creciente unidad y solidaridad sociocultural de ámbito planetario. Son múltiples los factores que coinciden en una presión permanente, que apunta hacia la unidad humana. Pero, simultáneamente, con la aparición de un contrafenómeno, se produce una reafirmación de las individualidades y peculiaridades de grupos y culturas que gritan de todas las formas y en toda ocasión su propia identidad. Es como si la tensión dialéctica entre lo uno y lo múltiple se exacerbase hasta la exasperación. Los dos polos se endurecen. Los dos determinan la nueva circunstancia. Las nuevas imágenes de Iglesia deben abrirse sin miedo a los dos polos de tensión. En la comunión y su exigencia de atención a lo particular y concreto debe abrirse el camino que lleve a la Iglesia hacia el futuro.

JOAQUÍN LOSADA ESPINOSA- DISTINTAS IMÁGENES DE LA IGLESIA

Cátedra de Teología Contemporánea- Colegio Mayor CHAMINADE. Madrid 1984. Págs. 9-58

1. Es el punto de vista adoptado por H. FRIES en su estudio sobre Cambios en la imagen de la Iglesia y desarrollo histórico dogmático, en «*Mysterium Salutis*» IV/I, Madrid 1973, pp. 231-296.
2. A BRITTAN, *Meanings and Situations*, London 1973, p. 169, cit. a H. GERTH-C. W. MILLS, *Character and Social Structure*, London, p. 11.
3. Cf. G. THEISSEN, *Sociología del movimiento de Jesús. El nacimiento del Cristianismo primitivo*, Santander 1979, pp. 8ss.
4. H. Cox, *La Ciudad secular*, Barcelona 1968, p. 184.
5. *Codex Iuris Canonici* (1917), c. 682. El punto de vista del nuevo Código, de acuerdo con la teología del Vaticano II, es en este aspecto más comprensivo del puesto del laico en la Iglesia.
6. TERTULIANO, *Apolog.*, XVIII 4.
7. Cf. P. HAZARD, *La crisis de la conciencia europea (1680-1715)*. Madrid, 1952.
8. PABLO VI, *Exhortación apostólica Evangelica Testificatio*, sobre la renovación de la vida religiosa, Roma 1971, n. 17.
9. PABLO VI, *Exhortación apostólica sobre la evangelización del mundo contemporáneo, Evangelica Testificatio*, n. 63. Roma 1975.